

A medida que tengamos menos voluntad propia, será mas facilmente observada la de Dios.

Poca cosa es agradar á Dios en lo que nos agrada á nosotros. La fidelidad de hijos requiere que queramos agradarle en lo que nos desagrada.

Todo lo que hacemos, saca su verdadero valor de la conformidad que tenemos á la voluntad de Dios; de suerte que comiendo y bebiendo si lo hago porque es la voluntad de Dios que lo haga, seré más agradable á Dios, que si yo sufriese la muerte sin esa intención.

Debemos juzgar bueno que Dios nos hie-
ra, donde le agrade; la elección le pertenece. Señor, Jesús! que se haga vuestra voluntad sobre el padre, la madre, la hija, en todo y por todo; sin reserva, sin pero, sin cómo, sin excepción, sin limitación.

13.—El amor del prójimo.

Amad al prójimo en Dios y por Dios; porque Dios está en él, ó para que esté en él.

Amad al prójimo en Dios, es regocijarse del bien que tiene, en tanto que se sirva útilmente de él para la gloria de Dios;—es prestarle toda la asistencia posible que exige de nosotros en su necesidad;—es tener celo por la salvación de su alma y procurarla como la nuestra propia, á causa de que Dios lo quiere y tiene gusto en ello.

Los servicios y asistencia que tributamos á los que amamos por inclinación, son mucho menores en mérito, por razón de la gran complacencia y satisfacción que tenemos en hacerlo, y porque ordinariamente lo hacemos más bien por dicho movimiento, que por el amor de Dios.

Es menester ligar nuestros afectos, inclinaciones, pasiones y aversiones, con la cadena del santo amor.

Todos los demás lazos que unen los corazones, son de vidrio y de barro; pero el de la santísima caridad, es de oro y de diamantes.

El que mira á su prójimo fuera del costado del Salvador, corre riesgo de no amarlo ni pura, ni constante, ni igualmente.

Una onza de amor, fuerte y razonable, vale más que cien libras de amor tierno y sensible.

¡Oh cuán dichosos son los que nada tienen de amable! Ellos están seguros de que el amor que se les tiene es excelente, puesto que es todo en Dios.

Hay en los hombres un gran defecto, y es que saben muy bien lo que les es debido, y saben muy poco lo que deben á los demás.



14.—Como se ha de hablar del prójimo.

Quien quitara los pecados de la lengua, quitaría del mundo una gran parte de los pecados.

Una de las peores condiciones que un espíritu puede tener, es la de ser burlón.

Nada es tan contrario á la caridad, y mucho más á la devoción, como el desprecio y desdén hácia el prójimo.

En cuanto á los juegos de palabras, que se hacen de unos á otros, con una modesta viveza y alegría, ellos pertenecen á la virtud llamada *eutrapelia* por los griegos, á la que podemos apellidar *buena conversación*: y por ese medio se tiene una honesta y amable recreación, según las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas suministran. Solamente importa no pasar de esa honesta alegría á la burla.

Para criticar laudablemente los vicios

agenos, es menester que lo requiera la utilidad de aquel de quien se habla, ó de aquellos á quienes se habla. También es menester que nos corresponda hablar sobre aquel asunto, como cuando somos de los principales de la reunión, y pareciera que aprobábamos el vicio sino hablábamos.

Mi lengua cuando yo juzgo al prójimo, es en mi boca como un cuchillo en la mano del cirujano, que quiere cortar entre los nervios y los tendones. Es preciso que el corte que yo dé sea tan justo, que no diga ni más ni menos de los que es. Por fin, es menester sobre todo, al criticar el vicio, cuidar de escusar lo más que se pueda, á la persona que lo tiene.

Cierto es que tratándose de los pecadores infames, públicos y manifiestos, se puede hablar libremente de sus vicios, con tal que sea con el espíritu de caridad y compasión, y no con arrogancia y presunción, ni para que ceda en mal de otro. Exceptúo, entre todos á los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia; pues á estos es menester descreditarlos cuanto se pueda. Caridad es gritar *al lobo*, cuando él está entre las ovejas.

Yo quisiera tener botones en ambos labios, para verme obligado á desabrocharlos en cada vez que me conviniera hablar; pues por ese medio yo tendría más tiempo para considerar y pesar mis palabras.

15.—La Tolerancia.

Si las piedras no se sostuvieran las unas con las otras, ¿cómo podría subsistir un edificio? Nosotros somos el edificio de Dios, construido con piedras vivientes: si ellas no se sostienen mutuamente, ese edificio será como un montón de piedras.

Fácil es amar al prójimo cuando es agradable y complaciente. ¿Cuáles moscas dejan de volar á el azúcar y á la miel? Más amarlo cuando es enfadoso, esa es la piedra de toque de la verdadera caridad hácia el prójimo.

Deseamos que nos soporten en nuestras miserias, las que siempre encontramos dig-

nas de ser toleradas. Las del prójimo nos parecen siempre más grandes y más pesadas, y por consiguiente más intolerables y más insoportables.

El soportar las imperfecciones del prójimo, es uno de los principales puntos del amor que le debemos.

Si sois fuertes, yo os ruego que os hagais débiles, para conformaros con los flacos; y si sois débiles, esforzaos en acomodaros á los fuertes.

16.—El perdón de las injurias.

Los paganos aman á aquellos que los aman; pero los cristianos deben amar á aquellos que no los aman, y aun á aquellos que los aborrecen.

Yo no sé como tengo hecho el corazón; pero experimento tal placer, siento una suavidad tan deliciosa y tan particular en amar á mis enemigos, que si Dios me hu-

biera prohibido amarlos, tendría buen trabajo en obedecerle.

¿Quién no amará á ese querido enemigo, por quién Jesucristo ha orado, por quién El ha muerto?

17.—La Justicia.

Por poca cosa acusamos al prójimo, mientras nosotros nos excusamos en mucho; queremos vender muy caro y comprar muy barato; queremos que se haga justicia en la casa agena, y en la propia, misericordia y connivencia; queremos que se tomen en buen sentido nuestras palabras, y para las de los otros somos cosquillosos y delicados, quisiéramos que el prójimo nos dejara lo que posee, pagándoselo; ¿no es más justo que lo guarde, dejándonos nuestro dinero? Recibimos mal de él que no se nos quiera acomodar; ¿no tiene el más razón de enojarse porque lo queremos incomodar?

Si nos aficionamos á un ejercicio, despreciamos todo lo demás, y acomodamos todo lo que viene, á nuestro gusto. Si hay alguno de nuestros inferiores que no tenga buena gracia, ó sobre el cual hayamos hincado el diente, ya recibimos mal todo cuanto haga; no cesamos de contristarle y siempre procuramos reñirlo. Por el contrario si alguno nos es agradable por alguna gracia sensual, dada hace de que no la escusamos. Hay hijos virtuosos á quienes sus padres y madres casi no pueden ver, por alguna imperfección corporal; y otros hay viciosos, que son los favoritos por alguna gracia corporal. En todo preferimos los ricos á los pobres, aunque no sean de mejor condición ni tan virtuosos; preferimos igualmente á los más bien vestidos; queremos nuestros derechos exactamente, y que los otros sean corteses al exigir los suyos; guardamos nuestro rango puntillosamente, y queremos que los demás sean humildes y condescendientes; nos quejamos facilmente de nuestro prójimo, y no queremos que nadie se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro, nos parece que es mucho, lo que él hace por nosotros, nos parece que es nada

En suma, como las perdices de Paflago-

nia, que tiene dos corazones; pues tenemos un corazón dulce, gracioso y cortés hácia nosotros mismos, y un corazón duro, severo y riguroso hácia el prójimo. Tenemos dos pesos; uno para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja que podemos, y otro para pesar las del prójimo con la mayor desventaja posible.

Somos águilas para mirar los defectos ajenos, y topos para mirar los propios.

Sed igual y justo en vuestras acciones; coloaos siempre en lugar del prójimo, y á él colocadlo en el vuestro, y así juzgareis bien: haceos vendedor al comprar y comprador al vender, y así comprareis y vendereis justamente.

No se necesita gran talento para encontrar defectos y cosas que reprender, en los que gobiernan ó en la manera con que gobiernan.

Muy fácil es el oficio de reprender; pero muy difícil el obrar más bien de lo que obra el reprendido.

18.—La Corrección fraterna.

La corrección no solo está recomendada sino mandada en ciertos casos y á ciertas personas, como á los superiores, quienes están obligados á reprender á los que estén bajo su mando, y á sus iguales, pero siempre *con toda paciencia y doctrina*. Asimismo, los inferiores están obligados á ello, con tal que sea con toda modestia y humildad, cuando vean que hay esperanza de enmienda. Fuera de esto, la corrección fraterna puede ser omitida sin pecado.

¿Cómo debe hacerse para recibir bien la corrección? Impedir que el sentimiento se levante en nosotros, y que la sangre se nos suba al rostro, es cosa que nunca sucederá. Dichosos seremos, si podemos tener esa perfección, un cuarto de hora antes de morir....

Preciso es retirarse hácia nuestro Señor y hablarle de alguna otra cosa, hasta que el alma se aquiete y tranquilice; pues durante la turbación no se debe decir ni hacer

otra cosa, que permanecer firme y resuelto á no consentir en el resentimiento, sea cual fuere la razón que se tenga para obrar de otro modo, pues nunca faltarán razones en ese tiempo.... Pero no todas las razones son razonables.

Humillaos con una humildad dulce y apacible, y no con una humildad triste y turbulenta, porque esa es nuestra desgracia: llevamos ante Dios actos de humildad llenos de despecho y de fastidio, y obrando así, no tranquilizamos nuestro espíritu, y volvemos infructuosos aquellos actos.

Digamos una palabra para aquellos que ejecutan la corrección. A más de tener una gran discreción para aprovechar bien el tiempo y los momentos de hacerla, con todas la circunstancias requeridas, ellos no deben nunca ni admirarse ni ofenderse de ver que aquellos á quienes la hacen, tengan resentimiento por ello; pues es una cosa muy dura para una persona el verse corregir.

Nada hay tan amargo como la nuez verde; pero confitada, nada hay más dulce ni más estomacal. La reprensión es áspe-

ra por su naturaleza, más confitada en la dulzura y cocida al fuego de la caridad, es toda cordial, toda amable y toda deliciosa.

La verdad que no es caritativa, procede de una caridad que no es verdadera.

Decir verdades con dulzura, es arrojar rosas á la cara. ¿Y qué medio hay para enfadarse con aquel que no combate contra nosotros, sino con perlas y diamantes?

Se conoce si se avanza en la virtud, cuando se ama la corrección y la reprensión.

El que ama la corrección, ama la virtud contraria al defecto de que es reprendido, y aprovecha las advertencias, para evitar el vicio opuesto.

19.—Los juicios temerarios.

El prójimo es el árbol de la ciencia del

bien y del mal, al que está prohibido tocar sopena de ser castigado, porque Dios se ha reservado el juicio de El.

Si una acción pudiera tener cien caras, miradla siempre por la más hermosa.

Si no podeis excusar una acción, podeis atenuarla, excusando la intención; sino podeis excusar la intención, es menester acusar á la violencia de la tentación, ó echar la culpa á la ignorancia, ó á la sorpresa, ó á la humana debilidad, para procurar al menos, disminuir el escándalo.

No escudriñeis absolutamente lo que hacen los demás, ni lo que sucederá con ellos; miradlos tan solo con ojos sencillos, buenos, dulces y afectuosos. No exijais en ellos más perfección que en vosotros, ni os admireis de la diversidad de las imperfecciones. Haced como las abejas, sacad la miel de todas las flores, es decir, viendo las buenas cualidades de cada uno, excitad en vosotros el deseo de imitarlas.

Es señal de una alma ociosa y que para nada se ocupa de sí misma, el entretenerse en escudriñar las acciones de otro.

20.—Las conversaciones.

Buscar las conversaciones y huir de ellas, son dos extremos vituperables en la devoción de las gentes del mundo. Huir las, indica desdén y desprecio del prójimo; buscarlas empeñosamente, revela ociosidad é inutilidad.

Practicad cuidadosamente esta máxima: amigo de todos y familiar con pocos.

En todas las conversaciones, deben ser siempre preferidas la ingenuidad, sencillez, dulzura y modestia.

Podemos reservar nuestro parecer cuando hay ocasión para ello; pero si queremos expresarlo, debemos hacerlo con toda verdad y no mentir.

Cuando la prudencia ó la caridad requieren que manifestemos nuestro parecer sobre algún punto de que se trate, es preciso hacerlo sencillamente, y entre tanto,

hacerse indiferente sobre que sea ó no aceptado: asimismo, es preciso á veces opinar contra la opinión de los demás, y demostrar las razones sobre que apoyamos las nuestras; pero cuando hay que contradecir á alguno y oponer nuestra opinión á la de otro, es necesario usar de gran dulzura y amabilidad, sin querer violentar el espíritu ageno; pues nada se gana tratando ásperamente las cosas.

Es preciso, de ordinario, que una alegría moderada predomine en nuestra conversación.

Que nuestro lenguaje sea, pues, franco, sincero, ingenuo, sencillo y fiel.

No es discreción el no hablar palabra; pero si lo es hablar cuando conviene y como conviene, y también el callar en su tiempo y lugar.

Hablad poco y haced mucho.

Las respuestas más cortas son de ordinario las mejores.

Yo apruebo el hablar poco, con tal que

eso poco que habéis, se haga graciosa y caritativamente, y no melancólica y artificiosamente. Si, hablad poco y dulce, poco y bueno, poco y sencillo, poco y franco, poco y amable.

Yo nunca escribo menos que cuando escribo mucho.

Era consejo de San Luis, el no contradecir nunca á nadie, á no ser que hubiera pecado ó daño notable en no hacerlo.

No hay peor manera de hablar mal, que hablar demasiado. Si se habla menos de lo que se debe, fácil es añadir lo que falta; pero si se habla más, es difícil el volver atrás y nunca se puede hacer esto tan pronto, que pueda impedirse el perjuicio ocasionado con las palabras superfluas.

Nada agrada tanto á un charlatán, como una persona que lo oiga con paciencia.

Soportar al prójimo y sus imperfecciones, es una grande perfección; y es una gran imperfección el destrozarlas con la burla. ¡Quisiéramos que se nos tratara así, y que se hiciera la anatomía de nuestras miserias, con el cuchillo de la lengua?

21.—La dobléz y el fingimiento

Guardaos de las dobleces, artificios y fingimientos: aunque no sea bueno decir siempre toda clase de verdades, tampoco es permitido contravenir á la verdad.

Acostumbraos á no mentir nunca deliberadamente, ni para excusaros, ni por otro motivo, recordando que Dios es el Dios de verdad.

Aunque algunas veces se puede discreta y prudentemente disfrazar y cubrir la verdad con algún artificio de palabras, sin embargo, no conviene practicar eso sino en cosas de importancia, cuando lo requiere manifiestamente la gloria y servicio de Dios. Fuera de ésto los artificios son peligrosos, pues como dice la palabra sagrada, el Espíritu Santo no habita en un espíritu astuto y doble.

La mentira, la dobléz é el fingimiento, revelan siempre un espíritu débil y vil.

Que nuestra conversación sea dulce, franca, sincera, sencilla, ingenua y fiel. He dicho sincera, (*sin cera*). ¿Sabeis lo que es la miel *sin cera*? Es la que se exprime del panal y está muy purificada. Lo mismo sucede con un espíritu cuando está limpio de toda dobléz; entonces se le llama sincero, franco, cordial, abierto y sin puerta falsa,

Las prudencias y artificios mundanos pertenecen á los hijos del siglo; pero los hijos de Dios caminan sin artificio y tienen el corazón sin dobléz.

Un buen cristiano preferirá siempre ser yunque á ser martillo; ser robado; á ser ladrón; ser asesinado á ser asesino, y ser mártir á ser tirano. Enójese el mundo, estalle la prudencia del siglo, desesperese la carne, siempre vale más ser bueno y sencillo, que astuto y malicioso.

22.—La maledicencia.

La murmuración es una especie de ho-

micidio, pues nosotros tenemos tres vidas; la *espiritual*, que consiste en la gracia de Dios; la *corporal*, en el alma; y la *civil* en la buena fama. El pecado nos quita la primera, la muerte la segunda y la maledicencia la tercera.

El maldiciente, con un solo golpe de su lengua, hace ordinariamente tres muertes: mata su propia alma y la del que le escucha, con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien murmura. Pues, como decía San Bernardo, tanto el que murmura como el que escucha al murmurador, tienen al diablo sobre sí; el uno lo tiene en la lengua y el otro en el oído.

Los que para murmurar hacen protestas de honor, son los más finos y venenosos murmuradores de todos. Yo aseguro, dicen ellos, que le amo; pero sin embargo, es preciso decir la verdad, no tuvo razón en cometer tal perfidia, etc.—¿No veis el artificio? El que quiere disparar el arco, tira cuanto puede hácia sí la flecha; pero esto es para dispararla con mayor fuerza. Parece que aquellos retiran hácia sí mismos su maledicencia; pero es para dispararla

con más fuerza, á fin de que penetre más adentro en los corazones de los que escuchan.

La murmuración, dicha en forma de *do-naire* es aun más cruel que todas; pues así como la cicuta no es por sí misma un veneno muy fuerte, sino tan lento que se puede fácilmente remediar su efecto, pero tomada con vino es irremediable; así la murmuración, que por sí fácilmente entraría por un oído y saldría por otro, como se suele decir, se detiene firmemente en la cabeza de los que escuchan, cuando es presentada en alguna palabra sutil y graciosa.

Destrozar la reputación de los muertos, es obrar como las bestias feroces, que desentierran los cuerpos para devorarlos.

Cuando oigais hablar mal de alguno, volved dudosa la acusación, si podeis hacerlo justamente; si no lo podeis, excusad la intención del acusado; si ni esto se puede, manifestad compasión por él, apartad aquella conversación, recordando y haciendo recordar á los demás, que los que no caen en faltas, lo deben todo á la gracia de Dios. Procurad que el murmurador vuelva en sí,

de alguna manera suave; decid algunas otras cosas buenas, si las sabeis de la persona ofendida.

Los que se quejan de las maledicencias, son muy delicados. Es esa una pequeña cruz de palabras que el viento se lleva.— Hay gran diferencia entre el zumbido de una abeja y su picadura.

Es preciso obrar bien y dejar que digan.

23.—La calumnia.

Guardaos de imputar falsos crímenes y pecados al prójimo, y de descubrir los que son secretos, y de agrandar los que son manifiestos, y de interpretar mal alguna buena obra, y de negar lo bueno que sepais pertenece á alguno, y de disimularlo maliciosamente, y disminuirlo por palabras: pues de todas esas maneras ofenderiais grandemente á Dios, pero sobre todo, acusando falsamente y negando la verdad con perjuicio del prójimo; pues doble pecado

es mentir y perjudicar juntamente al prójimo.

Aunque un hombre haya sido vicioso largo tiempo, se corre riesgo de mentir cuando se le llama vicioso.—Simón el Leproso llamaba á Magdalena pecadora; porque lo había sido en otro tiempo, y sin embargo, mentía, pues ya no lo era, sino una muy santa penitente. Por esto nuestro Señor defendió su causa.

Puesto que la bondad de Dios es tan grande, que un solo momento basta para impetrar y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos tener de que un hombre que era ayer pecador, también lo sea hoy? El día presedente no debe juzgar al día presente, ni el día presente debe juzgar al día presedente; no hay más que el último que los juzga á todos.

Cualquiera que quita injustamente la buena fama al prójimo, á más del pecado que comete, está obligado á hacer la reparación; aunque de diverso modo, según la diversidad de las maledicencias; porque ninguno puede entrar al cielo con el bien

ageno, y entre todos los bienes exteriores la fama es el mejor.

Muchas virtudes deben ejercitarse en este punto de la calumnia:

1.—La primera es la *verdad*, á la cual nos obliga dar testimonio, el amor de Dios y de nosotros mismos en Dios, pero testimonio dulce y apacible, sin turbación ni apresuramiento, y sin pena por lo sucedido.....

2.—Si continúan calumniandoos, la *humildad* pide su parte.....

3.—¿Se preserva en perseguiros? Hé aquí al *silencio*, que pide su lugar..... Si la réplica es el aceite de lámpara de la calumnia, el silencio es el agua que la apaga.....

4.—¿Es infructuoso el silencio? Pues ahí está la *paciencia*, que os presenta un escudo de un temple impenetrable. Ella es, dice el sagrado texto, quien vuelve nuestra obra perfecta.....

5.—¿Redobla la calumnia? Hé aquí á la *constancia*, que es una paciencia redoblada y que resiste á los males más violentos.

6.—No cesa la calumnia á pesar de todo esto? Pues ahí está la *longanimidad*, que es una paciencia de larga duración.

7.—A la longanimidad sucede la *perseverancia*, que vá hasta el término de la carrera, y que gana la corona.

8.—La *prudencia*, la *dulzura*, la *modestia* en las palabras, quieren también cada una representar aquí su papel; pero sobre todo, la señora del coro de las virtudes, su reina, su vida, su alma, la santísima *caridad*; pues sin ella todo ese conjunto de virtudes, no sería más que un montón de piedras.

¡Valor! caminemos y practiquemos esas bajas y comunes, pero sólidas, pero santas, pero excelentes virtudes. Permanezcamos en paz, y mantengámonos en las puntas de nuestros piés, alzándonos mucho hácia el cielo.

¡Bienaventurados los injuriados y calumniados, porque ellos serán honrados de Dios!

24.—Los pleitos.

Al que quiere, en pleito, quitarte la túnica, dále también tu capa, dice el Señor. —Yo no soy absolutamente supersticioso, y no vitupero á los que pleitean, con tal que sea en verdad, juicio y justicia; pero yo digo, proclamo y escribo, y si necesario fuere lo escribiría con mi propia sangre, que el que quiera ser perfecto é hijo completo de Jesucristo crucificado, debe practicar esa doctrina de Nuestro Señor. Que el mundo se enfurezca, que la prudencia de la carne se tire de los cabellos por despecho, si así lo quiere: que todos los sábios del siglo inventan tantas razones, pretextos y excusas cuantas quieran; pero esa palabra debe ser preferida á toda prudencia; *al que quiera ponerte pleito y quitarte la túnica, dale también la capa.*

En cien libras de pleitos, no hay una onza de amistad; y entre dos contendientes, un tercero aprovecha.